

NARRACIÓN DE MUNDOS EN PROCESO: REESCRITURA DEL ESPACIO Y EL
PAISAJE DEL ARCHIPIÉLAGO DE SAN ANDRÉS Y PROVIDENCIA EN *LOS*
CRISTALES DE LA SAL DE CRISTINA BENDEK

JULIETH CAROLINA POSADA LÓPEZ

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
PROGRAMA DE ESTUDIOS LITERARIOS
MEDELLÍN

2021

NARRACIÓN DE MUNDOS EN PROCESO: REESCRITURA DEL ESPACIO Y EL
PAISAJE DEL ARCHIPIÉLAGO DE SAN ANDRÉS Y PROVIDENCIA EN *LOS
CRISTALES DE LA SAL* DE CRISTINA BENDEK

JULIETH CAROLINA POSADA LÓPEZ

Trabajo de grado para optar por el título de profesional en estudios literarios

Asesora

LAURA CORREA MONTOYA

Magíster

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
PROGRAMA DE ESTUDIOS LITERARIOS
MEDELLÍN

2021

15 de diciembre de 2021

Julieth Carolina Posada López

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en ésta o en cualquier otra universidad”. Art. 92, parágrafo, Régimen Estudiantil de Formación Avanzada.

Firma

Carolina Posada López

A la vida, a mí misma y a los compañeros del camino.

Tabla de contenido

Introducción.....	7
Capítulo 1. La literatura del archipiélago de San Andrés desde las nociones de espacio y paisaje.....	13
1. 1. Revisión crítica del panorama literario del archipiélago de San Andrés.....	14
1. 1. 1. Nociones de espacio y paisaje dentro de la crítica y la academia sobre la literatura del archipiélago.....	20
1. 2. El lugar de <i>Los cristales de la sal</i> dentro del panorama literario nacional.....	28
Capítulo 2. Reescritura narrativa del archipiélago de San Andrés en <i>Los cristales de la sal</i>	31
2. 1. Vínculos de las nociones de espacio y paisaje en la reescritura narrativa de <i>Los cristales de la sal</i>	32
2. 1. 1. El archipiélago que se repite globalmente: sociedad urbana en San Andrés y Providencia.....	34
2. 1. 2. El thinkin' rundown y la construcción de una conciencia social sobre el espacio	38
2. 1. 3. Nación creole: los cristales de la sal que componen los mares de la historia... 41	
2. 1. 4. Narración del paisaje: narrar las historias desde la perspectiva femenina	44
2. 1. 5. Lo raizal, encuentro con la ancestralidad isleña: una primera forma de descolonización	48
2. 2. La insularidad caribeña en <i>Los cristales de la sal</i> localizada desde la lectura del espacio y el paisaje	51
Conclusiones.....	54
Referencias bibliográficas	57

Resumen

Esta investigación tiene como propósito reconocer cómo tiene lugar la reescritura del archipiélago de San Andrés y Providencia en la novela *Los cristales de la sal* (2019), de Cristina Bendek, siguiendo una propuesta de análisis que emplea los conceptos de *espacio* y *paisaje*. La investigación consta de dos momentos, en primera instancia se presenta una aproximación a la literatura isleña producida después de 1953, a partir de una revisión de la crítica literaria y la literatura académica especializada, para ver cómo se ha entendido la literatura del archipiélago y cuáles han sido sus rasgos destacados, entre los que aparece, principalmente, un vínculo estrecho entre la narración del territorio y el quehacer literario isleño. En un segundo momento, se analiza cómo la novela hace un ejercicio de reescritura narrativa del archipiélago, a partir de la revisión del pasado e historia de las islas, desde una visión del espacio y paisaje isleños, los cuales engloban diferentes elementos y escenarios que configuran la experiencia insular del Caribe suroccidental, como: el archipiélago que se repite globalmente, la raizalidad como primera etapa de descolonización, la narración de una Historia comentada y la consolidación de la nación creole. La investigación permite concluir que la novela propone un imaginario de espacio y paisaje social y cultural en proceso de hacerse y abierto ante lo inacabado como propuesta literaria de la narración de mundos en proceso.

Palabras clave: Reescritura, Paisaje, Espacio, Literatura de San Andrés y Providencia

Introducción

Dentro de los discursos y representaciones del Caribe insular ha habido un afán por reescribir narrativamente unos territorios que, atravesados por un pasado colonial –el cual representa al Caribe dentro de un marco explotativo y lo naturaliza, de esta manera, dentro del imaginario continental–, han localizado la lectura del paisaje y espacio insulares como elementos retóricos de la memoria. A través de la creación de nuevas genealogías en torno a la creolización, los procesos de reescritura aparecen no sobre un pasado monumental sino provisional, que, por medio de la escritura de poéticas del paisaje hacen un llamado a la autonomía política y cultural del espacio social y físico de los territorios.

Para pensar el Caribe se debe partir por la noción de espacio, pues durante la colonización fue primero concebido como espacio de producción económica transatlántica. Sobre la noción de *espacio*, el filósofo del materialismo histórico Henri Lefebvre se encargó de darle lugar dentro de las ciencias sociales, estableciendo una relación entre el espacio y quienes lo producen, así, el espacio es producido por humanos y por tanto es social. Según el autor, el espacio social surge de la combinación entre las prácticas espaciales –el espacio percibido–, las representaciones del espacio –el espacio concebido–, y los espacios de representación –el espacio vivido–. De esta relación surge la experiencia del espacio social que ocurre a nivel cognitivo y a nivel material. Ambos ocurren dentro del mundo físico, en donde los espacios vividos resultan de la unión de lo concebido y lo percibido.

A nivel material, en el Caribe, la producción del espacio se desarrolló inicialmente en: la visión del mar como medio de acceso que privilegia las rutas, la economía de plantación y

la explotación de la tierra, permitiendo el advenimiento del capitalismo en Europa. A nivel cognitivo, la colonización ha dejado su huella en la iconicidad construida alrededor del Caribe, basada en la idea de las islas como microcosmos de un paraíso terrenal (Sheller 36). Este imaginario tuvo asidero en las artes visuales con la representación de los paisajes tropicales, y en la literatura a partir de la visión romántica sobre la naturaleza indómita y prístina de los siglos XVIII y XIX en Occidente. Ambos niveles, tanto el material como el cognitivo, desembocaron en los modos de producción neocolonial del espacio que en el Caribe se mantienen con el turismo.

Estas formas de concebir y percibir el espacio Caribe tienen origen en el imaginario de los territorios como espacios vacíos que necesitan ser llenados. El marco social concebido de explotación y consumo transoceánico que tuvo como base la esclavitud, marcó el paisaje y espacio caribeños en la lógica de dominio y control sobre los territorios. Estos, como lo desarrolla Mimi Sheller en *Consuming the Caribbean, From Arawaks to Zombies* (2003), primero fueron desnaturalizados (en la introducción de nuevas especies de plantas y animales como el ganado, y en el desarrollo del conocimiento sobre botánica de los siglos XVI y XVII), y después fueron naturalizados (en la promoción de destinos ecoturísticos de selvas vírgenes tropicales, aún cuando el daño ambiental por la explotación y despojo de la tierra ya eran evidentes).

En vista de que los proyectos coloniales en el Caribe se apropiaron del territorio y su soberanía, fueron los escritores e intelectuales caribeños del período poscolonial quienes a través de la literatura y sus poéticas promovieron un rehacer del paisaje como misión de gestas políticas, bajo el afán de poseer, recuperar y reconstruir el espacio Caribe a través de

las letras. Así, narrar y reescribir el paisaje es poseer el espacio, que no es solo la entidad material sino también la forma en la que una comunidad significa dentro de este.

A partir la visión del *todo-mundo*, propuesta por el escritor caribeño Édouard Glissant, la noción de “isla remota” aparece como una construcción colonial, pues las islas no están aisladas, sino que hacen parte de un todo-archipiélago unido por el océano. Es decir, el Caribe es un todo-mundo conformado por mestizajes culturales (criollización), multilingüismos y reappropriaciones escritas de lo oral (*creoles*), esto es, la relación entre culturas reunidas en una zona geográfica que es el Caribe. De este modo, para pensar el Caribe, Glissant propone el pensamiento archipelar; archipelar en todo el sentido de la palabra: la conjugación no sólo de islas sino también de continentes en la unión con la creolización –¿acaso no son las islas continentes pero pequeños?–.

El pensamiento archipelar ... [a]dmite la práctica de desvío ... [r]econoce el alcance de las imaginerías de la Huella y las ratifica. ¿Acaso es renunciar a gobernarnos? No, es sintonizar con esa parte del mundo que, precisamente se ha extendido en archipiélagos, esas a modo de diversidades en la extensión, que, no obstante, aproximan orillas y desposan horizontes ... La idea del archipiélago, de los archipiélagos, nos franquea esos mares (Glissant, *Tratado* 33)

La escritura insular caribeña tiene como tropo lo transoceánico, permitiendo explorar narrativas de origen cultural y ontológico (DeLoughrey, *Island* 804). Así, las poéticas caribeñas proponen el rehacer del paisaje como forma de producir espacios y lugares, no por medio de la distinción, separación y clasificación como lo hace la Historia (esclavizados y esclavizadores, plantaciones y metrópoli imperial, destino turístico y lugar de trabajo), sino por medio de la unificación en la creolización, desde una apuesta literaria e intelectual que

ha buscado crear discursos autónomos sobre el territorio, para dotar de nuevas genealogías la memoria colectiva.

En el caso de territorios como el archipiélago de San Andrés y Providencia, territorio ultramar de Colombia ubicado en el Caribe suroccidental, la literatura ha jugado un papel de denuncia hacia las relaciones de tipo neocolonial a las que el archipiélago ha sido sometido, a través del no reconocimiento del territorio como raizal y ancestral, la inversión del dinero para el consumo (hotelería, turismo y comercio), y el olvido estatal. Esta forma de documentar las islas y escribir literatura, sobre o desde el archipiélago, trastocan las fronteras de lo llamado literario, pues se convierten en literaturas de crónica o bitácora que registran la vida social y cultural de las islas, algunas veces siendo parte de un activismo local, y otras veces documentando el pasado con nostalgia debido a la pérdida cultural e identitaria que se da después de la declaración de San Andrés como puerto libre en 1953.

En novela *Los cristales de la sal* (2019), de la escritora isleña Cristina Bendek, se narra la esperanza por la autonomía cultural y política del archipiélago basado en el proyecto de la nación creole, proponiendo así la creolización como movimiento; movimiento que no cabe dentro de la lógica de identidades estáticas y de raíces, sino mutables y abiertas como lo caribeño, tal como lo proponen algunos escritores caribeños del período poscolonial¹ con respecto a las formas de leer el Caribe desde una perspectiva descolonizadora. A su vez, la novela revisa las maneras como el espacio y el paisaje del archipiélago han sido concebidos desde su colonización hasta el presente, con el fin de resolver las querellas, denuncias, la

¹ Escritores como Derek Walcott en su ensayo “Las Antillas: fragmentos de la memoria épica”; Stuart Hall en su discurso “Negociando identidades caribeñas”; Édouard Glissant en sus teorizaciones sobre la criollización y Todo-Mundo en *El discurso antillano* y *Tratado del Todo-Mundo*; y Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant en su *Elogio a la creolidad*.

nostalgia o el duelo que sus antecedentes han expresado a través de la literatura y el activismo sobre los cambios a los que el territorio y los isleños han sido sujetos.

Siguiendo una propuesta de análisis que emplea los conceptos: paisaje y espacio, esta investigación busca aproximarse a la literatura del archipiélago de San Andrés y Providencia, a partir de la revisión de la novela *Los cristales de la sal*, para reconocer cómo tiene lugar un proceso de reescritura narrativa del archipiélago, en donde interviene una revisión del pasado mediante el paradigma de documentar las islas desde una visión del paisaje y el espacio insulares. El análisis de la novela permitirá una aproximación a la literatura producida en el Caribe insular colombiano, pero al mismo tiempo hacia otras islas y territorios del Caribe con los que el archipiélago comparte unos vínculos históricos, los cuales se contraponen a una idea de narrativa homogénea de nación contada desde el continente.

De igual manera, dicha aproximación nos conduce a preguntarnos cómo la novela se relaciona con la literatura de San Andrés y Providencia que se ha preocupado por documentar las islas y visibilizar unas imágenes sobre ella, relacionadas a la experiencia de habitar las islas. Allí, en las relaciones que la novela establece con sus antecedentes literarios es que se enriquece el análisis, pues permite ver cómo dialoga con los discursos colectivos que se han tejido alrededor de la identidad, el pasado de las islas y la relación con el territorio y maritorio sanandresanos, o como lo propone la novela, el territorio y maritorio creole.

El trabajo se desarrolla en tres momentos. En primer lugar, se examina la crítica literaria y la literatura académica especializada, para ver cómo se ha entendido la literatura isleña y cuáles han sido sus rasgos destacados. A partir de allí, se propone una revisión respecto a cómo las nociones de paisaje y espacio intervienen en la lectura del archipiélago y en la escritura de unos imaginarios sobre éste. Luego, se analiza cómo en la novela emerge,

a partir de la revisión del pasado e historia del archipiélago, un ejercicio de reescritura narrativa e imaginativa de las islas según las nociones de paisaje y espacio. Y, en tercer lugar, a manera de conclusión, se establecen relaciones entre la insularidad caribeña con la novela, desde la lectura de los conceptos propuestos.

Es a partir de lo anterior que esta investigación plantea como hipótesis que en la novela *Los cristales de la sal*, de Cristina Bendek, se narra el pasado e historia del archipiélago de San Andrés y Providencia con el fin de cronizar y documentar el presente del mismo. En esta narración, interviene un problema con el paisaje y el espacio, en donde emerge una reescritura narrativa del archipiélago como nación creole que tiene como propuesta literaria y política la narración de mundos en proceso. En esta reescritura, la novela dialoga con sus antecedentes literarios (en tanto revisa el pasado de las islas). Sin embargo, a diferencia de estos, en los que el archipiélago aparece como lugar en donde el tiempo y el espacio no cambian, la novela propone un imaginario de realidad en el que la construcción del espacio y paisaje social y cultural isleños están en proceso de hacerse y abiertos ante lo inacabado.

Capítulo 1

La literatura del archipiélago de San Andrés desde las nociones de espacio y paisaje

Las nociones de espacio y paisaje han sido abordadas ampliamente desde la geografía humana, a ellas se le suman los conceptos de lugar y territorio con los que comparten algunos vínculos. Sin embargo, el paisaje, a diferencia de las demás nociones, ha sido relegado a una conceptualización que lo liga más a la contemplación pasiva de vistas o escenas y menos a la producción y creación de lugares donde acontece la vida misma, es decir, las estructuras sociales, culturales y económicas. Desde la literatura de las dimensiones caribeñas, sin embargo, el paisaje es activo, pues aparece como una apuesta por la descolonización política y cultural del espacio social y físico.

En el caso de la literatura producida en el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, la dimensión espacial de las obras se tematiza narrativamente, lo que termina apareciendo en el paradigma de documentar las islas en clave de configuración de una literatura vinculada a la búsqueda de una voz y visiones propias. Los imaginarios que emergen de allí aparecen en: la imagen de las islas como lugares paradisiacos, o las islas como paraísos en ruinas, en donde el pasado se lee con nostalgia y se idealizan unas pérdidas vinculadas a la identidad. Estos elementos narrativos, configuran las formas cómo desde la literatura isleña, se han leído el espacio y el paisaje del archipiélago.

Así, este capítulo propone examinar la crítica literaria y la literatura académica especializada alrededor del estudio y análisis de la literatura del archipiélago de San Andrés y Providencia. La intención es revisar cómo la crítica y las producciones literarias, han leído el espacio y el paisaje de las islas. Esto con el fin de situar la novela *Los cristales de la sal*

respecto a los antecedentes, y a su vez, establecer un mapa de relaciones con la literatura isleña, para reconocer cómo tiene lugar el proceso de reescritura narrativa del archipiélago desde una visión del paisaje y el espacio insulares.

1. 1. Revisión crítica del panorama literario del archipiélago de San Andrés

Los temas o tópicos que aparecen en los textos referidos al estudio de la literatura isleña remiten, en términos generales, a las preguntas por una identidad isleña y sanandresana, la idiosincrasia raizal, las relaciones y tensiones del archipiélago con Colombia, y, el trabajo sobre memoria e historia de las islas. Lo que tienen en común los abordajes que la crítica literaria y la literatura académica especializada hacen sobre las producciones literarias isleñas, es la constante referencia al contexto sociopolítico, sociocultural y geopolítico que atraviesa el archipiélago después de la declaración de San Andrés como puerto libre en 1953; es decir, al lazo que une la geografía a las representaciones literarias de las producciones escritas y orales de las islas. Estas conexiones que tanto la crítica como la literatura académica establecen no son arbitrarias, sino que atienden a unas necesidades que las mismas obras ya invitan a estudiar. De revisar el panorama literario del archipiélago a la luz de estas necesidades y temas con relación a las nociones de espacio y paisaje se encargará este primer capítulo.

De la crítica y estudio de las producciones culturales del archipiélago se ha ocupado principalmente la investigadora Mónica María del Valle Idárraga. Sin embargo, *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* (1989), de Antonio Benítez Rojo es un

antecedente importante para aproximarnos al estudio de la literatura del Caribe. El autor dedica el capítulo titulado “Los pañamanes o la memoria de la piel” al análisis de la novela *Los Pañamanes* (1979) de Fanny Buitrago, la cual aborda la configuración imaginaria del espacio de San Gregorio y Fortuna –espacio ficticio donde se narra la vivencia histórica que atravesó el archipiélago de San Andrés y Providencia después de 1953–, a partir de los procesos de aculturación que trae la declaración de puerto libre a las islas, procesos en los que lo raizal pasa a ser una minoría identitaria a raíz de la llegada de colombianos continentales al archipiélago, con ello la imposición del idioma español y el catolicismo, y el cambio de una economía de subsistencia a una dependiente del turismo y el comercio. Cambios todos que alteraron la conformación del espacio social de las islas.

Además de lo anterior, varios trabajos y artículos académicos han abordado la literatura del archipiélago, siendo las obras de Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent, las más estudiadas. Esto, lo ha permitido parcialmente, la inclusión de ambas obras dentro del canon literario afrocolombiano por el Banco de la República. En adición, han sido escritos textos como *Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe* (1956) de James Parsons, que han explorado las islas desde una perspectiva histórica, sociológica y antropológica, previendo algunos tópicos recurrentes en la literatura del archipiélago y la crítica posterior, que, como se verá más adelante y en mayor detalle, están vinculados a los imaginarios colectivos de identidad, la búsqueda de orígenes históricos y la preocupación por la soberanía del territorio.

Una de las claves de lectura para entender o hacerse una idea del panorama literario e intelectual del archipiélago y sus posibles abordajes aparece en “Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia” (2016), en donde Mónica María Del Valle

Idárraga, ofrece una vía de lectura en función del territorio y una noción de isla ligada a la territorialidad. Es decir, hay un interés de base por pensar el espacio inicialmente, no sobre cómo es narrado, sino en la influencia que tiene el territorio: tierra y mar (desde lo ancestral) dentro de los imaginarios sociales y culturales plasmados en la literatura. Habría que añadir que las islas comparten unos vínculos históricos con territorios aledaños. Visto de esta manera, es decir, identificando al archipiélago de San Andrés dentro de esa gran zona que es el Caribe, las islas no parecen remotas, así, ligadas por el mar al meta-archipiélago caribeño tienen “mayor movilidad dentro de una cartografía que es más amplia” (182) Es decir que esta territorialidad archipelágica es también uno de los pilares para abordar crítica y teóricamente la literatura isleña, pues la concepción de ancestralidad del territorio desde lo raizal está unido a un ethos caribeño-insular, con el cual comparte históricamente unos vasos comunicantes.

Es importante resaltar el marco temporal del que se parte, que como ya se ha mencionado brevemente, va a tener como punto de inflexión toda la literatura producida después de la declaración de San Andrés como puerto libre en 1953. Esta literatura isleña se inaugura en 1975 con la publicación del libro de relatos *Bahía Sonora* de la escritora barranquillera Fanny Buitrago, le siguen la novela *Los pañamanes* (1979), y los relatos de *Sobre nupcias y ausencias* (1988) del escritor isleño Lenito Robinson Bent. Esto quiere decir que hasta ahora no se cuenta con un registro o recopilación de la literatura que se pudo haber escrito en los primeros siglos como colonia británica hacia 1629. Una hipótesis para explicar esto podría ser que dentro del archipiélago no ha habido un proyecto nacional entendido en términos del estado moderno, en donde se hayan vinculado las letras a la construcción de una nación, y por extensión: la consolidación de un corpus literario nacional.

Es por esto que definir la literatura sanandresana plantea algunos problemas, pues, por un lado, dentro del canon literario colombiano aparece bajo la categoría de lo afrocolombiano, con la cual el archipiélago comparte características, sin embargo, desconoce las otras afrodescendencias (afroanglocaribeña) que se manifiestan en otros territorios del Caribe y con las cuales el archipiélago comparte una historia más cercana. Y, por otro lado, dentro de las islas ha habido una tradición oral de memoria e identidad raizal importante que cobija una tradición de historias manifiestas a través de canciones, proverbios o leyendas, las cuales son formas literarias que hacen parte del paisaje cultural y social del archipiélago, es por ello que reconocerlas es relevante para el estudio de las manifestaciones literarias del archipiélago.

Por lo tanto, la revisión que esta investigación hace del panorama literario del archipiélago cobija una producción reciente y en proceso, que aún permite hacerse preguntas relacionadas al territorio, al cómo aparece narrado y escrito dentro de su literatura, al qué cosas reescriben o legan narrativamente, tanto sus primeras producciones como también las más recientes. Resulta necesario, además, agregar que la producción cultural y literaria del archipiélago es poco accesible fuera de las islas. Esto se debe a varias razones, entre ellas: que parte de esa literatura no cuenta con un peso editorial que las respalde²; independiente del género, la mayoría de estas obras son publicadas de propio bolsillo (Del Valle, “Literatura” 2); y hay obras dirigidas a cierto público lector de las islas, que cumplen unas funciones allí³.

² Sin embargo, eventos como la FILSAi (Feria Insular del Libro de San Andrés islas) han buscado fortalecer dentro del archipiélago escenarios culturales de encuentros con autores locales, nacionales e internacionales, presentaciones de libros y fomentos de lectura a través de talleres, entre otras actividades, que fortalezcan y promuevan la producción y divulgación tanto local como global de la literatura isleña.

³ Es el caso de aquellas apoyadas por movimientos políticos como AMEN-SD (Archipelago Movement for Ethnic Native Self-Determination), cuyos autores de las obras participan activamente en el escenario político de las islas.

Lo que quiere decir, de antemano, que la crítica literaria no abarca todas estas producciones y que no todas las manifestaciones literarias del archipiélago son susceptibles de ser revisadas bajo el lente de una crítica tradicional que desglosa y separa las obras a partir de unas categorías que permitan clasificar las producciones bajo unos presuntos estilísticos. Esto no es necesariamente una falta de la crítica literaria, sino que habla de la necesidad de acercarse a ciertas obras o manifestaciones culturales de una manera menos preocupada por encontrar antecedentes estilísticos en ellas y más enfocada en pensar sus especificidades literarias y culturales.

Para entender estas limitaciones, resulta de utilidad remitirse a los grupos de escritores y obras que Del Valle Idárraga distingue según intenciones, públicos, enfoques o tratamientos de los temas: un primer grupo estaría conformado por escritores isleños conocidos fuera de las islas como: Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent. Un segundo grupo de escritores no-isleños importantes para la literatura del archipiélago: Jorge Muñoz, Fanny Buitrago y Maríamatilde Rodríguez. Un tercer grupo de intelectuales raizales: Juan Ramírez Dawkins, Marcia Dittmann, Lolia Pomare-Myles (Del Valle, “Perspectivas” 188-189). Por último, un cuarto grupo conformado por escritores isleños-raizales que publican textos para un público local y cerrado, sin respaldo editorial, como: Eviston Forbes Bernard, Jimmy Gordon Bull.

Lo importante aquí, a propósito del listado anterior (que no incluye los nombres de todos los que publican o escriben dentro o fuera de las islas), es resaltar y recordar lo siguiente: 1) que ninguno de estos autores tiene una obra previa a la declaración de San Andrés como puerto libre, es decir, antes de 1953. Lo que sugiere una permeación de los cambios culturales, sociales, políticos, económicos y ecológicos que se dan en el archipiélago

–principalmente en San Andrés– a partir de las obras y en el tratamiento de sus temas. 2) Hay que llamar la atención hacia el fenómeno de las editoriales y la circulación de las producciones, pues hay obras como la de Hazel Robinson y Lenito Robinson que, como ya se mencionó, ocupan un lugar dentro del canon literario afrocolombiano, a partir de su publicación por el Banco de la República. 3) Autores como Fanny Buitrago no entrarían solo en el grupo de escritores no-raizales, sino en un grupo que dirige su literatura hacia un público de corte internacional, y no sólo eso, sino que, en el caso de Buitrago, también cuentan con obras pioneras de la literatura del archipiélago. 4) La cuestión lingüística, es decir, la decisión que toma quien escribe en inglés, en creol o en español, y cómo ello influye en las preguntas sobre para qué y para quién se escribe.

Lo anterior, es decir, la revisión de los públicos de las obras y el tratamiento de los temas, se vuelve relevante al analizar cómo aparece una preocupación por la territorialidad, el espacio y el paisaje en las producciones literarias isleñas, pues estas literaturas se convierten en insulares en un sentido doble y metafórico: separadas del continente, nadan en la periferia. Y no sólo por su condición geográfica insular (recordar el centralismo que ha caracterizado la política colombiana de los últimos siglos), sino también porque históricamente la literatura isleña no ha hecho parte del canon literario nacional, a razón, quizá, del marco social en el que se acordó ver al archipiélago en su relación con Colombia: como espacio de recreación o explotación económica (de allí la desconexión que ha tenido el estado colombiano con las islas, en el des-reconocimiento de la ancestralidad territorial raizal), mas no como lugar donde se puedan gestar grandes ideas. Es solo hasta el 2010, gracias a los planes de desarrollo nacional, que se empieza a reconocer la producción del sector cultural a nivel regional. En el caso de la producción literaria isleña, a partir de la

publicación de las obras de Hazel Robinson y Lenito Robinson en la colección financiada por el Ministerio de Cultura con motivo de la Conmemoración del Bicentenario de las Independencias.

Con el fin de presentar un mapeo de las producciones literarias del archipiélago, se abordarán algunos artículos críticos y académicos para distinguir los temas más estudiados. Y en el camino proponer una línea de lectura con relación a las nociones de espacio y paisaje en la lectura del pasado e historia del archipiélago, a partir de la manera como estas nociones han sido abordadas en la crítica y la literatura académica de la producción literaria del archipiélago de San Andrés.

1. 1. 1. Nociones de espacio y paisaje dentro de la crítica y la academia sobre la literatura del archipiélago

La noción de *paisaje* desde autores como Édouard Glissant suele aparecer vinculada a unas poéticas adánicas –como Del Valle Idárraga las llama– que invitan a “...una apuesta por la autonomía creativa y crítica, y a partir de ella, por identidades propias, descolonizadas; son textos que estipulan la relación de ese sujeto despojado de improntas ... con su entorno y con su futuro, en vista de que la narrativa historiográfica tradicional ha insistido en empobrecerlo de pasado” (Del Valle, “Re-visionarios” 166) A su vez, estas poéticas invitan a la reimaginación de un paisaje que ha sido explotado a varios niveles, no sólo la tierra, sino también a través de la iconicidad que se ha construido alrededor del Caribe a través de la literatura, el arte, y más adelante, el turismo.

Como ya se ha mencionado, el archipiélago de San Andrés comparte una historia común con territorios aledaños caribeños. Estos lazos aparecen en unas tradiciones creol-hablantes, un pasado común con África y en unas raíces de mestizaje y flujos migratorios específicos. De crear estos lazos e incluir a las islas dentro del panorama cultural meta-archipélico caribeño se encargó Antonio Benítez Rojo al dedicarle un capítulo en *La isla que se repite* al análisis de la novela *Los Pañamanes* de Fanny Buitrago: “[e]n todo caso, *Los pañamanes* está dentro de la más reiterada tradición literaria del Caribe: la novela-mito, pero no mito épico, sino mito del desarraigado que sueña con reunir los pedazos de su dispersa identidad más allá de las barreras de la Plantación” (Benítez Rojo 223).

La crítica y análisis de Benítez Rojo examina la novela de Buitrago desde una perspectiva de lo etnográfico, trayendo a colación un tropo habitual del Caribe: la interculturalidad caribeña. En el caso de San Andrés en *Los pañamanes*: los procesos migratorios de la Colombia continental a la isla. Lo que permite el enfoque de Benítez Rojo es pensar el paisaje no en lo paisajístico, sino en términos de una geografía social o noción de espacio social. Esta visión de paisaje que no relega lo sociocultural sino que vincula la interculturalidad caribeña a la lectura del paisaje, está ligada a una noción de creolización como marco de resistencia a la colonización.

Al igual que otros territorios del Caribe, el archipiélago de San Andrés cuenta con una historia o unas raíces específicas de su mestizaje. Los procesos de colonización de las islas, a grandes rasgos, aparecen a partir de dos etapas, la primera consiste en la época de las colonias: hacia 1629 con la llegada de puritanos ingleses en el barco *Seaflower* a Providencia, luego hacia 1730 con el nuevo poblamiento de ingleses jamaicanos quienes trajeron africanos esclavizados para dedicarse a la economía de plantación y hacia 1786 con las islas

bajo el poder de España, que finalmente pasan a la República de Nueva Granada en 1819. Sin embargo, a diferencia de otros territorios del Caribe, el archipiélago de San Andrés pasa por una suerte de segunda etapa de colonización que se inicia hacia 1822, cuando las islas se adhieren voluntariamente a la República de la Gran Colombia y luego hacia 1912 cuando se firma el decreto de la Intendencia Nacional que le otorga soberanía a Colombia sobre el territorio, culminando hacia 1953 con la declaración de San Andrés como puerto libre.

Es a partir de la declaración de políticas de puerto libre que las islas empiezan a sufrir bruscos cambios, tal como aparecen narrados en la literatura isleña: la sobrepoblación de habitantes provenientes del continente colombiano (conocidos coloquialmente como *pañas*), los procesos de hispanización, la evangelización católica, la dependencia económica hacia el turismo y el comercio, y, con el incendio de la casona intendencial –que en el imaginario colectivo se presume provocado–, la pérdida y desplazamiento de los isleños nativos de sus tierras. Estos cambios resienten la relación entre la comunidad isleña nativa (raizales o *roothians*) con el estado colombiano y han sido percibidos por los isleños raizales como una amenaza hacia la preservación de su comunidad y tradiciones culturales.

De esta manera, analizar o revisar la literatura del archipiélago críticamente requiere de un matizado en cuanto a la aplicación de nociones como ‘paisaje’ –provenientes de autores del Caribe como Glissant, que invitan a la visión imaginativa del paisaje a través del mito–, pues la literatura isleña, antes que poner en el paisaje una esperanza, denuncia la querrela entre las islas y el estado colombiano o retrata con nostalgia un pasado idílico previo a la llegada de Colombia al archipiélago.

El análisis que del poemario de Maríamatilde Rodríguez, *Los hijos del paisaje* (2007), aparece en la reseña “Desaparecidos de la espuma” (2011) de del Valle Idárraga, hace un

llamado colectivo en torno a los problemas de la isla vinculados a los desaparecidos del mar, a las muertes a causa del narcotráfico, su relación con el turismo y las políticas de puerto libre que hacen de San Andrés un paso estratégico para el tráfico ilegal. “Aparece una voz que funciona como amplificadora de un duelo colectivo, político” (59). Este es un ejemplo, por otro lado, de cómo el paisaje y el espacio no aparecen siempre explícitos dentro de la crítica literaria, sin embargo son las producciones literarias las que beben de su contexto político o social y demandan de la crítica que se establezca una conexión con la experiencia de habitar el espacio físico y social de las islas, que no siempre se corresponde a los marcos categóricos y conceptuales impuestos de afuera.

Se encuentran otros estudios de corte académico, en los que el foco está principalmente en la preocupación por la construcción de la identidad isleña y en cómo los imaginarios colectivos de esta se ven reflejados en el quehacer literario de las islas. De ello se ocupa la tesis de maestría “De isleños a sanandresanos: la construcción de identidades en San Andrés isla vista desde las novelas *No Give Up, Maan!!* de Hazel Robinson Abrahams y *Los Pañamanes* de Fanny Buitrago” (2016) de Diva Marcela Piamba quien llega a los conceptos de isleñidad y sanandresidad como propuesta de lectura a los discursos identitarios que se anclan en la novela de Robinson Abrahams y la de Buitrago.

A propósito de los imaginarios colectivos que aparecen en la literatura del archipiélago también está el artículo “Reconfiguración de los imaginarios poéticos del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina” (2019), de Ana Elena Builes y Melissa Pérez, en el que se analiza la obra de dos autores isleños-raizales como Lenito Robinson Bent y Juan Ramírez Dawkins, quienes desarrollan enfoques diferentes respecto al tratamiento literario de las islas en sus obras.

En el caso de la obra de Lenito Robinson se encuentra muy latente el tema del paisaje visto desde la conjugación del mar y la tierra: el mar como temporalidad y mito a través del cual aparecen presente, pasado y futuro (Builes y Pérez 102). Este análisis se sustenta a partir de las aproximaciones de Glissant y Benítez Rojo sobre el mar, y la importancia que cobra este en los relatos escritos desde el Caribe. Un análisis similar aparece en “La poética de la muerte, el espacio y el amor en *Sobre nupcias y ausencias* de Lenito Robinson Bent” (2020), del que se resalta el enfoque a la noción de espacio como categoría conceptual que aparece en la obra de Lenito. En este caso, es gracias a la narrativa del escritor relacionada con la muerte, la añoranza, la nostalgia, caracterizada por la presencia de imágenes poéticas complejas, que se hace posible analizar el espacio desde una mirada simbólica.

Vale la pena resaltar que la elección de analizar los cuentos de Robinson-Bent bajo la categoría de “espacio” no es gratuita, pues a diferencia de la noción de paisaje dentro de las poéticas adánicas caribeñas –un rehacer de la historia y por ende una mirada optimista hacia él–, la noción de espacio en Lenito aparece desde la nostalgia y la añoranza de una isla que violentamente entró a la modernización: “[I]os personajes son representaciones humanas que encapsulan emociones variadas entre las cuales destacan la nostalgia, la soledad y la ausencia del ser amado ... *Todos viven de un pasado que siempre fue mejor porque el presente es para recordar*” (Rengifo, 54, énfasis propio)

Pero mientras en Lenito el espacio aparece narrado de una manera poética, a partir de la visión del mar y la tierra, en Juan Ramírez Dawkins el espacio aparece a partir de una preocupación por la territorialidad de la soberanía raizal: “[e]n ambos relatos, [*Short Stories, the Soldier dem de Come and the Mango Tree* (1996)] Ramírez Dawkins nos está relatando la historia con ‘h’ minúscula del archipiélago. Nos cuenta cómo, casa a casa, la comunidad

ha sido desplazada, ha sido obligada a dejar a un lado sus tradiciones, ... y a tomar otros rumbos por el bien común de un país que no reconocen como suyo” (Builes y Pérez 108), y además “[r]elata dialógicamente, en tres lenguas distintas, la cotidianidad de la isla, con el mar, la arena y las palmeras como testigos silenciosos de los vejámenes a los que se ven sometidas las familias isleñas” (108) Es decir, aunque en ambos autores –tanto Robinson Bent como Ramírez Dawkins– el archipiélago aparece documentado, en uno el espacio insular aparece poetizado desde la nostalgia y en el otro desde la politización de la memoria, compartiendo ambos el sentimiento de pérdida identitaria tras el puerto libre.

La noción de espacio comparte con la de paisaje un lugar significativo dentro de la literatura del archipiélago, pues, aunque cada concepto arroja perspectivas propias, lo que tienen en común ambas nociones es que no operan, únicamente, como conceptos de tipo narratológico, sino que orbitan alrededor de otros discursos relacionados a lo histórico, lo político, lo cultural, lo social, lo ecológico. Poniendo en discusión estos conceptos, espacio y paisaje, con el carácter documental de la literatura isleña que narra la experiencia del espacio físico y social de las islas, la crítica de estas producciones literarias se enriquece más y logra ver la literatura del archipiélago, ya no como una dispersión: de autores, formas y géneros dispares, sino como una literatura con sus propios tropos y temas específicos.

Continuando con el tema del territorio y la preocupación por su soberanía plasmada desde la literatura, en el artículo “Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla” (2014), Del Valle Idárraga reseña el libro de relatos de Fanny Buitrago: *Bahía Sonora* (1975), haciendo énfasis en cómo la política de puerto libre afecta la manera como los isleños habitan las islas. En este caso, la imagen de la casa desolada aparece como un cronotopo (Del Valle, “Casas” párr. 19), que se refleja en la preocupación colectivizada de un paisaje de antaño

perdido. Esto alude a la nostalgia de un paisaje añorado dentro de las representaciones literarias y también a la falta de duelo colectivo por la pérdida de este, a partir del cual no se ha podido reconstruir o reimaginar uno “nuevo”. Es por esto que, dentro del imaginario raizal, la llegada del puerto libre trae el derrumbe del paraíso (Del Valle Idárraga, “Perspectivas” 185)

El archipiélago, por otro lado, cuenta con una tradición oral importante que aún permite a la crítica hacerse preguntas sobre qué es lo literario en las producciones isleñas y si la literatura aparece solo en la palabra escrita. Estas preguntas cobran sentido bajo el marco de la tradición oral, que emerge como primer antecedente literario en el archipiélago. Esto es precisamente lo que logra recopilar Lolia Pomare-Myles en *Cuentos de Anancy y otros relatos* (2001), un registro de la memoria e identidad raizal que se encuentra en la tradición oral de las islas, de la cual rescata la memoria territorial (en sentido ancestral), presentando una recopilación de historias tradicionales sobre Anancy, que en San Andrés y Providencia dan nombre a diferentes manifestaciones culturales de la comunidad raizal como canciones, fábulas, leyendas, y adivinanzas (Patiño 157)

La literatura del archipiélago cada vez más amplía su público lector, en la medida que la crítica y la academia empiezan a interesarse aún más por las literaturas de periferia al calor de un afán por visibilizar territorios periféricos del país, que se confirman como tal al mostrarse como síntoma de un estado que ha privilegiado el centralismo político. Compilaciones como “San Andrés y Providencia: nostalgias, migraciones y literaturas” (2021) realizada por Ana Elena Builes y Danny Jean Paul Mejía, muestran como aún es vigente la revisión de la literatura del archipiélago en relación al territorio, su cultura e historia, es decir, en relación a las especificidades del espacio social sanandresano.

... [E]s necesario considerar el espacio como elemento activo del proceso de creación que condiciona y modifica las formas de expresión de las comunidades, puesto que comunica una concepción del mundo. A su vez, permite entender que la relación entre la literatura y la territorialidad funciona en una doble correspondencia, en la que no solo se comprende y apropia un espacio, sino que, además, se crea, desde el estatuto de ficcionalidad, una versión de este (Builes 9)

Todavía hay crítica por realizar en torno a la producción cultural del archipiélago en sus multiplicidades: el teatro, la poesía oral y escrita, y la narrativa; producción ligada a la construcción social del archipiélago. También hay revisión pendiente de autores como Adel Christopher Livingston y Juan Ramírez Dawkins que, aunque con obras no recientes, se han preocupado por llevar las letras y la lengua al pie de lucha por la defensa y conservación de la comunidad raizal, permitiéndole a la crítica y la academia a partir de la revisión de sus obras, entender la producción cultural y literaria del archipiélago en sus preocupaciones y temas.

Este recorrido, además de presentar algunos rasgos generales de la producción literaria del archipiélago, intenta encaminar la lectura de las obras y sus respectivos análisis críticos hacia unas nociones del espacio y paisaje isleños. Se encuentra que hay una presencia de ambos conceptos en la crítica, aunque no siempre de manera explícita. Sin embargo, se logra identificar que las obras mismas incitan a la revisión de las formas variadas en las que aparece el territorio en esta literatura: a través de unas preocupaciones por lo identitario, los imaginarios colectivos de identidad, la búsqueda de orígenes históricos, la preocupación por la soberanía del territorio y la nostalgia por un paisaje perdido.

El estudio o la aproximación de toda esta literatura, teniendo en cuenta que se publica después de la declaración de San Andrés como puerto libre, no debe desligarse de su contexto político, social y económico en el que gesta, pues allí radica parte de la riqueza de su literatura, que pareciendo periférica desde la perspectiva continental, tiene su propio centro desde su territorialidad. Es por ello que la literatura del archipiélago cumple unas funciones políticas allí, conformando entonces “un referente autóctono local de visión del mundo y del entorno, que implica la apropiación y reinención del paisaje ... [lo cual brinda] escudos contra la visión folclórica –y a menudo superficial– del turismo” (Del Valle, “Literatura” 7)

1. 2. El lugar de *Los cristales de la sal* dentro del panorama literario nacional

Como se ha revisado, los temas de la literatura del archipiélago están ligados al territorio, es decir, proponen una radiografía del estado de las islas a varios niveles: en el imaginario colectivo, pero también en la materialidad de los espacios.

Los cristales de la sal, entra al mapa de la literatura isleña, no sólo por tener como autora una escritora local, sino por los temas que abarcan sus páginas. Estos temas, además de recuperar las preocupaciones de sus antecedentes literarios, están vinculados a un afán por explicar la situación actual del archipiélago, a partir de una mirada hacia el espacio desde su territorialidad. Es decir, la novela bebe de sus antecedentes las denuncias, las posturas y las perspectivas políticas, y las reúne en una novela que narra, a manera de crónica⁴, –según la misma autora–, la historia del archipiélago a través de los ojos de un personaje que regresa a

⁴ Recordar el carácter documental característico de la literatura del archipiélago.

la isla (después de haber estado trece años por fuera de ella) con muchas preguntas sobre su lugar de origen, sus antepasados y su identidad.

Todo en la protagonista puede leerse alegóricamente ... a Victoria Baruj la acecha una ruptura amorosa (¿podría la isla abandonar a Colombia, su amante abusivo?); se preocupa por su supervivencia, pues está sujeta a crisis hipoglucémicas (¿podría la isla dejar de depender del azúcar del turismo?); tiene apariencia de turista pero es lugareña de rancia estirpe (¿se puede llevar a lo político la pregunta sobre la legitimidad de los nacidos en la isla de padres y madres sin raigambre ancestral?); y busca entender por qué y cómo se ha generado ese cisma entre raizales, isleños, pañas, árabes, chinos y otros en la isla” (Del Valle, “Recovecos” 64)

Dentro de la crítica cultural, se ha resaltado de la novela su carácter documental, el espacio que abre para acercarse a la historia del archipiélago, el retrato de la identidad isleña desde su provisionalidad y la visibilización que la obra da al archipiélago dentro de la producción literaria colombiana. Al tratarse de una novela tan reciente para el momento en que se realiza esta investigación, la crítica que hay alrededor de ella aún no se ha asentado académicamente.

Sin embargo, la novela cuenta con un reconocimiento a nivel nacional e internacional que le ha permitido, por un lado, hacer parte de la crítica cultural del país (difundida principalmente por revistas y entrevistas a la autora), y, por otro, contar actualmente con una segunda edición (por la misma editorial que la publica inicialmente: Laguna Libros), tener una edición costarricense de Encino Ediciones, y haber sido traducida al danés por Aurora Boreal y al portugués por Editora Moinhos. Además de lo anterior, buena parte del reconocimiento que tiene la novela fuera del archipiélago se debe a que resulta ganadora de la primera edición del Premio Nacional de Narrativa Elisa Mújica 2018, que otorgan Idartes

(Instituto Distrital para las Artes) y la editorial Laguna Libros en Bogotá para escritoras colombianas residentes en Colombia. Adicionalmente la novela es parte de las 50 obras del catálogo Reading Colombia en su segunda edición del 2019.⁵

Esta recopilación de datos y presentación del contexto en el que la novela es presentada, respaldada y divulgada, para mencionar algunas cosas: 1) al tratarse de una obra reciente en su publicación, contar con una segunda edición y estar circulando fuera del país, se está a la espera de nuevas lecturas sobre la obra y del lugar que ocupa dentro del corpus de obras del archipiélago⁶ en cuanto a su posición frente a temas que han importado a esa literatura: la identidad, el pasado, el presente, el territorio. 2) La novela está escrita de una manera accesible para un público lector amplio. Es una obra que por su carácter documental despierta inquietudes no sólo sobre la historia de las islas, sino también sobre ese *otro* Caribe (en sentido del Caribe colombiano y del Gran Caribe) y sobre la literatura que se ha producido allí, lo que a su vez logra visibilizar la producción cultural del archipiélago.

⁵ Este proyecto, liderado por el Ministerio de Cultura y La Biblioteca Nacional de Colombia en asociación con la Cámara Colombiana del Libro, busca incentivar la internacionalización de títulos, autores y obras, para fortalecer la producción literaria y editorial del país. Para más información: <https://www.mincultura.gov.co/prensa/noticias/Paginas/50-obras-conformar%C3%A1n-el-segundo-cat%C3%A1logo-%E2%80%98Reading-Colombia%E2%80%99-%E2%80%93Leer-a-Colombia.aspx>

⁶ Colección que Mónica María Del Valle Idárraga se encargó de hacer de una manera muy completa en “Literatura del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina” (2015). Se puede encontrar en: <https://www.banrepcultural.org/contenido/literatura-de-san-andres-providencia-y-santa-catalina>

Capítulo 2

Reescritura narrativa del archipiélago de San Andrés en *Los cristales de la sal*

La literatura del archipiélago de San Andrés, al igual que la literatura producida en el Caribe insular, mantiene una relación estrecha con el punto de enunciación geográfico desde el que son escritos, narrados o poetizados el espacio y paisaje caribeños, pues los temas de la literatura producida en el Caribe tienen, en su generalidad, reposo allí, es decir, en la territorialidad que es cronizada a través de la ficción literaria.

Sin separarse de las preocupaciones de sus antecedentes literarios ni de las del colectivo al interior de las islas, la novela *Los cristales de la sal* propone su propia manera de revisar el espacio y paisaje del archipiélago de San Andrés y Providencia, al recoger las querellas y temas de la realidad isleña, revisarlos y conectarlos para desde allí hacer su propuesta de la nación creole en la reescritura y reimaginación del territorio caribeño suroccidental.

Este capítulo propone analizar cómo en la novela emerge, a partir de la narración del pasado, un proceso de reescritura narrativa e imaginativa del archipiélago de San Andrés. Esto con el fin de dibujar las relaciones que tiene la novela con sus antecedentes literarios y así determinar cómo reescribe narrativamente al archipiélago. Lo anterior, aunque parezca conclusivo, no lo es, pues lo que propone la novela es la narración de mundos en proceso, es decir, la narración de un territorio en constante construcción, mas no con exceso de pasado (nostálgico) o exceso futuro (apocalíptico)

Con el análisis de la novela no se busca encontrar qué rasgos la hacen legítima dentro de la literatura sanandresana ni qué tradición rompe o qué elementos hacen que se desligue

de ella, sino cómo dialoga con los temas que han preocupado a la literatura del archipiélago y al colectivo, cómo los actualiza, qué vías de lectura sobre ellos propone y cómo, en la propuesta narrativa de la novela, se relacionan con la insularidad caribeña localizada desde la lectura del espacio y el paisaje.

2. 1. Vínculos de las nociones de espacio y paisaje en la reescritura narrativa de *Los cristales de la sal*

Tanto en la literatura de ficción como no-ficción del Caribe las nociones de espacio y paisaje participan en la construcción de lugar, que, como Tim Creswell lo define, es un espacio investido de significado, es decir, un espacio nombrado, apropiado, de coordenadas sociales y culturales y no sólo geográficas. Algunos geógrafos han estudiado la producción de lugar a mayor escala –como las naciones– y no sólo a nivel local –del tipo: producción de lugares de memoria como los museos– (13) Las naciones y regiones como las del Caribe-archipiélago son también lugares. A su vez, las naciones las hacen las personas, y no sólo refieren a territorios materiales. Desde la teorización o la literatura de no ficción del Caribe, las nociones de espacio y paisaje aparecen para resignificar el espacio-Caribe (de producción y explotación transoceánica desde el marco de la colonización y la neocolonización) al lugar-Caribe (de la descolonización cultural y el llamado a la autonomía)

Los cristales de la sal permite un acercamiento a las nociones de espacio y paisaje para el análisis de la novela, la cual, a manera de bitácora y por medio de su narradora y personaje principal –Victoria Baruq–, hace un recorrido panorámico de cómo se han movido

y se han construido, a través del tiempo, el espacio social y el paisaje del archipiélago hasta el presente. Pero el acercamiento a las nociones de espacio y paisaje para el análisis no son elementos que se extraen del contenido de la novela porque se asuma que los aborde explícitamente, ni operan únicamente como conceptos narratológicos, sino que –de hecho– la novela construye lugar.

Si bien la literatura, en especial las novelas por su extensión, evocan “a sense of place – a feeling that we the reader ... know what it is like ‘to be there’” (8), es decir, evocan lugares para hacer inmersión al lector dentro de un mundo narrativo, en el caso de las literaturas del archipiélago de San Andrés y específicamente en *Los cristales de la sal*, el evocar al archipiélago tiene una función política porque no se narra un mundo independiente o cerrado en sí mismo que existe dentro de un único universo creado por un autor, sino que se narra un mundo común, imaginado y narrado no (solo) como motivo literario sino como realidad material construida alrededor de unos acuerdos sociales que externamente han leído al archipiélago como lugar de consumo, de excesos y de explotación. Así, tomar las nociones de espacio y paisaje y pensarlas desde la producción literaria del archipiélago remite al cómo en el imaginario colectivo –dentro de las islas– el espacio es vivido, es sentido, es pensado, y es escrito. Es por esto que *Los cristales de la sal* construye lugar, pues evoca al archipiélago como territorio-nación y no sólo como territorio ultramar. Al evocarlo, permite a los lectores preguntarse sobre cómo lo hace y en ello consiste el siguiente análisis de la novela.

2. 1. 1. El archipiélago que se repite globalmente: sociedad urbana en San Andrés y Providencia

Al tratarse *Los cristales de la sal* de una novela escrita sobre y desde el archipiélago de San Andrés se hace imprescindible su revisión a la luz del contexto temporal o de publicación de la novela (tiempo externo), y sobre qué períodos de tiempo escribe o hace referencia dentro del contenido de la obra (tiempo interno). El tiempo en el quehacer literario del archipiélago no puede resumirse en épocas, es decir, quienes escriben no han participado todos bajo movimientos literarios o culturales organizados, sino que es cada autor quien da voz y teje las ideas desde su propio lugar de enunciación político o cultural, el cual puede ser por sí mismo, una postura frente al cómo participa cada autor del tiempo presente colectivo. Algunos, desde su presente, escriben con exceso de pasado, otros escriben presentes ruinosos y otros presagian futuros apocalípticos. El contexto temporal en la literatura del archipiélago, debe pensarse no sólo en base a la época en que es publicada una obra (recordar que en el caso de la producción literaria de las islas después de 1953 o la declaración de San Andrés como puerto libre), sino también en base sobre qué está narrando la obra para su época, qué ideas está tejiendo, qué está legando a la literatura isleña, y cómo está participando en las escrituras y narrativas literarias del archipiélago, las cuales son formas de crear un sentido de lugar, es decir, de dotar de significado el espacio territorial a través de la literatura.

El tiempo en que *Los cristales de la sal* se desarrolla es desde un presente que revisa al pasado. Este presente tal como lo plantea la novela es uno en el que la isla ya no se repite solo insularmente sino que plantea un ahora de la isla como sociedad urbana, testigo y participante de la globalización y capitalismo rampante de los cuales el Caribe ha sido

partícipe desde el advenimiento de la economía de plantación. Esto es posible en tanto la novela croniza al archipiélago a manera de novela-bitácora o novela-crónica como una literatura que narra la vida social, cultural y física del archipiélago, y que en la novela permite conocer la forma como el espacio social se ha construido y desarrollado en las islas del presente como consecuencia del pasado.

Cuando se hace referencia a que la literatura del archipiélago narra la experiencia física, se refiere a la experiencia del espacio como uno que los humanos construyen. Para Lefebvre la producción del espacio es fundamentalmente social, pues el espacio no preexiste a los humanos o se mueve alrededor de ellos, sino que son las comunidades de personas quienes lo crean. La novela por su forma de novela-bitácora o novela-crónica se encarga de mostrarnos la globalización como fenómeno eminentemente social y a partir de allí cómo las islas han participado de ella cambiando la forma como las personas viven dentro del archipiélago, no solo como consecuencia de la urbanización del espacio material, sino también de la globalización como fenómeno que primero reside en las relaciones sociales.

Cada obra del archipiélago se encarga de mostrarnos una narrativa sobre cómo los habitantes de las islas se han relacionado con el espacio. *Los cristales de la sal*, lo hace por medio de una revisión del pasado e historia del archipiélago para desenmarañar esa red de relaciones sociales que en el presente continúan produciendo el espacio. Aquí, una cita de la novela donde se ve cómo el espacio Caribe ha sido construido dentro de una sociedad económicamente capitalista y los modos de producción en el marco de esa sociedad reflejándose en la crisis de un cuerpo físico enfermo que es a la vez el cuerpo de los territorios caribeños, los cuales han sido dependientes del turismo y de una economía basada en la comercio:

...oye, aquí tus paisanos sufren mucho de diabetes también, ¿sabes? [...] Para explicármelo, Rudy me habló sobre lo que es el Caribe. –Una buena definición de los caribeños es que somos un proceso, una repetición inconsciente de los valores de la plantación, de sus ideas de progreso y de sus traumas. En una novela leí una idea interesante, decía que al negro el cañaverol lo mató dos veces. Primero el afro fue esclavizado para producir el azúcar. Siglos después, cuando pasó a ser asalariado, el emancipado devoraba con ansias la sustancia que antes era privilegio del amo. Esa fue su segunda muerte a palo de cañaverol ... Gastar dinero, hombro y espalda, para seguir engordando el bolsillo del terrateniente, morir cegados. Una trampa de la libertad (Bendek 123)

La novela ancla el archipiélago al Caribe, al hacerlo plantea y propone la imagen de fractal, es decir, del archipiélago como ejemplo a escala que replica problemas de orden mundial. Esto aparece cronizado en la novela a través de tropos relacionados a la crisis social-medioambiental que ha atravesado el archipiélago después del gran tropo cronológico de la literatura isleña que es el puerto libre. Con el puerto libre llega el aeropuerto, con ello los rellenos de manglar para la construcción de carreteras bajo la idea de progreso, la escasez de agua potable para los isleños mas no para el sector del turismo, el exceso de basura, la mafia de licencias de construcción y el mal uso de la tierra para edificaciones de hotelería y turismo. Problemas, entre otros, que ya aparecían en las obras de la literatura isleña. Sin embargo, la diferencia entre *Los cristales de la sal* y las demás obras radica en que estos problemas no se convierten separadamente el argumento central de la historia, sino que la novela los recoge para mostrar un diagnóstico de las islas, de sus propios lamentos, con el fin de presentar el archipiélago en su totalidad. Estos asuntos, que la narradora teje, tienen una razón de ser en el pasado, el cual Victoria vincula a otras latitudes geográficas y no sólo en las querellas con

relación a la Colombia continental. “Colombia no es lo único que hay allí afuera, y Colombia sola no nos colonizó ...” (237) De esta manera la novela también reescribe el imaginario narrativo que se ha tejido alrededor del resentimiento hacia Colombia y su relación a los efectos negativos del puerto libre al mostrar cómo el archipiélago ha participado de unos problemas de orden mundial, y cómo estos han sido producto de la globalización como consecuencia de la colonización del Caribe.

Hacia el final de la novela aparece un humo que se convierte como nube negra en el cielo. Este humo es producto del incendio que se forma en el Magic Garden, el basurero municipal. La narradora observa el mar, describe el nubarrón que ya comienza a reflejarse en el agua: “allá van evaporados los plásticos desechables, los vasos que dicen *Thank you*” (215), lo que ya nadie más quiso. La novela termina en una tormenta, en un huracán que arrasa con la isla, pero ¿por qué se forman los huracanes?, el Caribe es susceptible al cambio climático, los huracanes se producen debido a este.

La nube negra que se refleja en el mar es producto de la quema de basura, del exceso propuesto por un modelo de consumo infinito. Pero la nube negra es, a la vez, el presagio de la tormenta y el huracán que se avecinan. La llegada del apocalipsis de un mundo de excesos y en últimas de desequilibrio, no sólo ambiental sino también social, pues siempre se corresponden, en la medida que ningún problema de orden ambiental tiene otro origen que no sea el modelo de consumo propuesto por el neoliberalismo. Modelo que también ha iconizado, a través de la narrativa del turismo, al Caribe como mundo de placeres corporales, de naturaleza exhuberante y fértil, puesta allí para ser explotada: “[d]escribing nature as an autopoetic or self-generating life removes the need for any kind of consumer guilt or anxiety

... [T]he laws of nature ... have ... apparently been temporarily suspended in this fantasy Jamaica ... more vested in Hedonism than in Edenism” (Sheller 69)

La narración de las islas, en la novela, reconoce las iconicidades en las que se ha concebido el espacio social caribeño. “ ... [L]a grieta se empezó a zanjar en un mismo punto de la flecha del tiempo, cuando la puerta abierta de la ingenuidad fue violada por el exceso” (Bendek 136) Para llegar al problema de los excesos de basura y de consumo, la narración repasó, en capítulos anteriores, el pasado que llevó a la isla a determinados puntos. De esta manera, no es la narración del presente por el presente, sino que el presente se explica como consecuencia del pasado. Todo lo anterior es posible en la medida que *Los cristales de la sal* propone un modelo de novela-bitácora o novela-crónica en el que se documenta el archipiélago de hoy que se repite globalmente como sociedad eminentemente urbana y participa de la globalidad de unos problemas de orden ambiental y social, pero que a su vez carga con sus propios lamentos a la luz del pasado que narra o repasa y el presente que croniza.

2. 1. 2. El *thinkin' rundown* y la construcción de una conciencia social sobre el espacio

“Paisaje-ensamble, o imagen-movimiento: es hacia esa cinemática natural post-kantiana ,creo, que habría que avanzar a fin de construir la historicidad del paisaje y, así, dotarlo nuevamente de futuridad” (Andermann 6)

Victoria Baruq empieza a construir una conciencia social del espacio a partir de los encuentros en el *thinkin' rundown* o rondón⁷ de pensamiento⁸. Allí, es por medio de otros jóvenes que la protagonista comienza a indagar y a conocer el archipiélago desde la realidad isleña interior. Estos jóvenes “[s]e juntaron como reacción al fallo de La Haya ... terminaron convirtiéndose en un grupo de formación política para jóvenes ... Muchos de ellos han dedicado su carrera académica y su trabajo a la causa por la autonomía de San Andrés y Providencia” (Bendek 90-91) La conciencia social que empieza a gestarse en la narradora por medio de los rondones de pensamiento da muestra de la búsqueda pedagógica que tiene la novela en la politización directa de su discurso.

La novela le da voz a la juventud en el relato como esa promesa de un mundo en construcción, de esperanza (no de esperar, sino de ir tras algo), de proceso, al contrario del discurso de cierta parte de la comunidad isleña frente a los problemas de la isla, discurso que aparece representado también en la novela: “[n]adie va a hacer lo que estos viejos anhelan ... una supremacía étnica basada en la sangre y que volvamos a una economía de subsistencia. Volver a ese pasado es imposible, si tan solo el amor fluyera por las venas y más gente pudiera imaginar la salida ... ” (Bendek 223) Es decir, el *thinkin' rundown* es la contrapropuesta de la novela a la manera como se ha solido formar (en el resentimiento y dolor) la conciencia social del espacio o el territorio en el colectivo.

En contraposición, o, si se quiere, como continuación al AMEN-SD (Archipiélago Movement for Ethnic Native Self-Determination), ahora es la juventud quien se reúne en la

⁷ El rondón (*rundown*) es un plato típico del Caribe insular.

⁸ Al hacer una búsqueda, el espacio del *thinkin' rundown* existe o existió en San Andrés y fue promovido por un grupo de jóvenes sanandresanos e isleños, al igual que sucede en la novela.

única universidad de la isla de San Andrés para discutir sobre los problemas de la isla, sobre el territorio, sobre la ancestralidad del mismo, reconociendo que lo ancestral es también político, y repasando las decisiones que han afectado ese territorio, que es el lugar que habitan, más allá del orgullo que pueda traer un apellido o antecedente familiar de origen nativo-raizal.

El espacio del *thinkin' rundown* (pues es un espacio en sí mismo) no es circunstancial en la novela, no sólo porque allí Victoria empieza a forjarse en opinión, sino también porque es un espacio de la diversidad, de la juventud en diversidad. Allí es donde Victoria conoce al personaje Rudy (sanandresano de padres continentales), quien la introdujo a hacerse preguntas y a tejer ideas sobre el archipiélago, quien la lleva a un viaje por la historia de las islas y le entrega el primer registro que Victoria vaya a tener de memoria histórica –un testamento– de sus antepasados. Rudy es un joven no-raizal, preocupado por el territorio, por el estatuto raizal sin ser raizal, que conoce las islas y su historia sin ser un nativo isleño. ¿Entonces qué representa Rudy?, ¿qué representa dentro del espectro de ser isleño?, ¿cuál es su forma de ser isleño?. El Caribe es un ensamblaje. Ya se ha dicho, no se puede hablar de orígenes puros dentro del marco de búsqueda de resoluciones y luchas políticas caribeñas, “... [a]sí fuimos contruidos por una circunstancia histórica, por un misterioso devenir que nos tiene a todos en este caldero ...” (Bendek 185) En los rondones de pensamiento hay jóvenes varios: están los isleños de padres raizales, de padres continentales, los “50/50”, los continentales cachacos, todos caben allí.

Así es entonces como también se gesta, en la novela, una reescritura en la forma como se hace activismo desde las islas y desde la literatura: en la mirada hacia la juventud, hijos del presente y hacedores del futuro. La reescritura narrativa del archipiélago desde la mirada del espacio social aparece también a partir de la narración del *thinkin' rundown*, en la

transición hacia la nación creole, nación joven que se reconoce en la interculturalidad. Allí está la propuesta o tesis de la novela: todos como cristales de la sal que conforman los mares de la historia, refractarios unos de otros, unidos por una misma nación creole.

2. 1. 3. Nación creole: los cristales de la sal que componen los mares de la historia

“¿Qué no habrá tocado esta brisa antes de tocarme a mí? ¿Qué le importa a esta brisa, que es eterna, una piel menos o una piel más que abrace?” (Bendek 100)

Los humanos construyen los espacios, lo cambian y lo producen. La novela trata la pugna entre raizales y continentales colombianos, lo hace para reconciliarlos en la creolidad. La nación sanandresana ha sido desde un principio resultado de flujos migratorios. Así, la novela propone el apropiarse de la diversidad, donde se encuentra precisamente la riqueza del territorio, en la creolidad que se comparte, como el ritmo que los une a todos al paisaje.

El tiempo de todos ha confluído aquí, en este verano que hubiera prendido fuegos en todas las plantaciones del mundo colonial ... El ritmo es como el hilo invisible que nos conecta, es la fuerza que nos ha movido a esta conjunción improbable que no se entiende hasta que suena música y los universos coinciden, hasta que un cuello, una pierna, una cadera, delatan el espíritu que habita un vehículo de cualquier color. Así fuimos contruidos por una circunstancia histórica, por un misterioso devenir que nos tiene a todos en este caldero... (Bendek, 185, énfasis propio)

Todos humanos, a fin de cuentas, voluntades ajenas a la Historia que han construido y producido los espacios. En torno a esta idea se puede pensar el paisaje desde el pensamiento

caribeño: en las culturas del mestizaje y el Caribe como un todo-mundo conformado por multilingüismos y reappropriaciones de escrituras a partir de la oralidad de la que nace el creole.

[L]as interrelaciones funcionan principalmente por fracturas y rupturas. Es posible incluso que sean de naturaleza fractal: de ahí se deriva que nuestro mundo sea un caos-mundo [...] Su organización general y su vacilación son las de la criollización ... La criollización es imprevisible, es imposible que se estabilice, que se detenga, que se incluya dentro de unas esencias, dentro de identidades absolutas (Glissant, *Tratado*, 27, 28)

En “Poética e inconsciente” de *El discurso antillano*, Glissant propone un espacio holístico de consolidación en la creolización. Su propuesta apunta al cómo recuperar el paisaje para apropiárselo, creolizarlo para apropiárselo. Para ello propone una reestructuración de lo que compone el espacio, que no se trata sólo de desnarrar las iconicidades en torno al marco de explotación en el que se acordó pensar el Caribe desde la colonización, sino de cimentar los aspectos internos del espacio: la lengua, la identidad, la cultura en la creolidad. A ello apunta también la novela en la pregunta por cómo narrar el archipiélago de hoy y cómo proyectarlo. Como lo plantea Glissant, la criollización es un movimiento constante. El espacio social del archipiélago de San Andrés ha entonces de construirse bajo la criollización, tal como la plantea y propone la novela en la reconfiguración del ser sanandresano y del ser isleño como aquellos que han producido el espacio y por tanto han construido, tejido y producido la historia:

Todos bajo la misma presión estamos en esta isla que llora y baila, y somos más que piel ... [S]omos como la sal que compone los mares, hervidos al calor de una Historia que ha sido tan ácida como un vinagre que cura heridas ... [S]é que en este vientre

enorme somos como cristales de sal, refractarios, luminosos, espejos los unos de los otros (Bendek, 186, énfasis propio)

Allí entonces emerge la propuesta de la novela, en el unificar a isleños, sanandresanos y todos los flujos migratorios a quienes también les pertenece parte del archipiélago.

Un nativo me vende mango en creole y me alegra, otro hombre canela me sobrepasa, vestido de camisa formal y pantalón largo; el peludo árabe de mirada oscura me ofrece ‘barato, barato’ lo que busque y la vendedora costeña me dice que siga que a la orden. Repite lo mismo a los largos europeos que vienen de la playa, una pareja de rubios de casi dos metros, hablando algo que me suena a holandés. *Y pienso en cómo un pedacito de este lugar también les pertenece de alguna forma a todos ellos, en la forma del mundo que confluyó todo en el Caribe. En ningún otro lugar en Colombia esto es tan claro, en ninguna otra frontera hay otros seis Estados. Y ningún otro lugar tan cerrado a sus posibilidades.* (159, énfasis propio)

Fanny Buitrago tal vez ya había hecho el ejercicio en *Los Pañamanes*, al incluir al colombiano continental (o pañamán) en los procesos de transculturación dentro del ser sanandresano, sin embargo, *Los cristales de la sal* los unifica en la conformación de un nuevo ethos del caribeño suroccidental, que se mueve hacia la autonomía, hacia la apropiación de un territorio del presente, entendiendo el ritmo del mundo actual. “¿Por qué no hacer uso de lo que por derecho nos pertenece y parir generaciones que se muevan por fuera de nuestras ficciones limitantes?” (237) Así, la novela propone un mundo en proceso, un espacio social dinámico, pues en últimas es allí, en el colectivo, donde se originan las historias, la memoria de la gente y su situación identitaria, pues ¿en dónde habría de situarse la cultura si no es en el espacio social?

2. 1. 4. Narración del paisaje: narrar las historias desde la perspectiva femenina

“ ... *De repente me vi por todas partes, pegada en el paisaje como una calcomanía transparente*” (Bendek 104)

El capítulo seis “Los papeles del tiempo” funciona como preámbulo de lo que vendrá después en el libro, pues es el primer acercamiento de la protagonista con la memoria escrita (un testamento, en este caso), que suele tener asidero en una disciplina como la Historia: “[l]a convención general es que en el papel late el corazón de toda memoria. Aunque de alguna forma tengamos la sensación de que entre los comentarios omitidos haya más verdad que en los registros formales” (Bendek 138) En la novela, la historia del archipiélago aparece narrada por la protagonista. Así, no se trata solo de una reconstrucción a través de datos y fechas, sino de la narración de una Historia comentada y reconstruida desde la perspectiva de Victoria.

Los cristales de la sal narra no sólo una memoria local sino también una memoria que ancla a las islas a otras geografías, desconfinando al archipiélago no solo de sus límites terrestres sino también temporales, pues al vincular su historia con otras latitudes caribeñas, africanas o europeas, la forma como se imagina la conformación de las islas se expande como también lo hacen sus posibilidades de lectura. Esta lectura ampliada de las islas, como se verá, se da por la narración de una Historia comentada, en la que cabe el relato de historias de genealogías familiares perdidas y la reconstrucción de vacíos de memoria históricos.

La novela está narrada desde una perspectiva femenina, que termina vinculándose al afán de Victoria por desenterrar las memorias y genealogías silenciadas de sus abuelas, lo cual se vincula a la narración de una historia relatada no linealmente sino comentada y revisada críticamente. Este afán de Victoria por conocer sus abuelas en su propia reconstrucción de memoria se vincula también en la búsqueda por reivindicar historias.

Es simbólico, en ese sentido, que la narración de la Historia del archipiélago y de su pasado esté narrado desde una perspectiva femenina, pues lo que se contrapone a las narrativas o los valores que cultural y socialmente se han asociado a lo “masculino” (como la competencia, el progreso) son precisamente la posibilidad de imaginar mundos de proceso, en construcción pero en colaboración, mas no historias lineales, monumentales, de colonias, héroes y victorias, sino cíclicas, constantes, como las olas del mar: de ires y venires, y en el caso de *Los cristales de la sal*, la narración de una novela para reflexionar en torno a la realidad isleña a partir de una perspectiva reconciliadora que narra emocionalmente el pasado para subsanar los vacíos de memoria colectivos que giran alrededor de los relatos de la Historia. En ese ejercicio, la novela hace un llamado al trabajo colectivo, a la autonomía, al despertar de una nación creole en un paisaje no de paraísos en ruinas o pasados gloriosos, sino el paisaje de un Caribe suroccidental de presente eterno.

Los cristales de la sal, reescribe entonces el paisaje como uno en constante movimiento, entendiendo siempre ese movimiento como cíclico y constante como suelen caracterizarse las poéticas de paisaje del Caribe. Es decir, el paisaje es, como lo presenta la novela, performático, remite a la representación de la relación entre la comunidad creolizada y su eterno, lo que lleva a la noción de espacio social como puesta en acción, “... como ensamble móvil y dinámico de interacciones imprevisibles...” (Andermann 2), y a su vez a

la producción de lugares de significado, que en la novela se construyen a través de la reivindicación de historias y memorias borradas. Asimismo, el paisaje aparece como uno que representa, pues así como el espacio social, el paisaje no está dado en sí mismo sino que remite a unas imágenes hechas de este, por ejemplo la visión de mundos en proceso y paisaje creolizado que construye la novela, enmarcando una imagen de paisaje que da sensación de habitabilidad (Andermann 2) gracias a la construcción imaginativa de paisajes y espacios isleños en construcción o en proceso de hacerse.

En esta escritura del paisaje, Victoria establece una relación estrecha con el mar, como esa gran madre y gran vientre que trae dolores de parto, condensándose finalmente en la idea de todos como los cristales de la sal que componen la historia. “No he tenido que considerar el peligro de estar aquí ... yo estoy en esta isla y toda la isla es mi casa ... toda la isla es mi madre, me digo, yo salí del mar y aquí llegué a levantarme, en la arena de millones de años y por la sangre de todos mis muertos” (179) El mar entonces aparece en la novela como hogar, como memoria, como lugar de encuentro entre culturas y genealogías familiares, y no sólo como lugar de paso para el comercio transoceánico. Entre la búsqueda de sus antepasados, Victoria se encuentra con una abuela, Sarah, abuela sobreviviente al *Middle Passage*, desvanecida en la constelación de ancestros de Victoria por los apellidos de sus abuelos. La mención de Sarah en el relato permite a la protagonista tejer relaciones con otras formas de memoria: “[l]as madres no son de papel, son de manojos de recuerdos, imposibles de verificar” (140). Allí entonces aparece esa relación estrecha que hay entre el Caribe y la memoria oral, la narración mítica y el paisaje como contrapuesta a la memoria escrita, de papel, monumental, contada desde la mirada de la metrópoli colonial:

Cuántas historias mudas no podrían por fin decirse si el papel tuviera de verdad la facultad de actuar como testigo, cuántos espacios en blanco hay con cada pieza de información ... En la rama de mi antepasada [Sarah] no habrá más nombres, no habrá más lenguas europeas y registros oficiales (202)

Así se narra el paisaje, al reconocer las genealogías de los ancestros para superar el pasado, para desilenciar la memoria que se pierde en las travesías trasatlánticas y a partir de allí reescribir el paisaje, pensando y narrando desde el propio suelo. Así es como la literatura crea imágenes que condensan recuerdos y memorias, visibilizando voces gracias a la emocionalidad del relato que permite la ficción literaria. En contraposición a la Historia, la literatura, y en este caso la narración del pasado en *Los cristales de la sal*, permite crear un relato cercano y emocional de la memoria, como en el capítulo seis “Los papeles del tiempo”, en donde durante la narración de una situación onírica, Victoria hace un viaje hacia el pasado, 300 años atrás, en el que describe imágenes de una plantación, liberando rostros, voces, nombres:

El corazón se me acelera con ese ritmo, estoy en una plantación, miles de cocoteros, voy patinando por las curvas del tronco rugoso de la palma y caigo al agua. Nado, nado por el vientre dulce del caballito ... salgo a orillas de la laguna. Voy levitando desnuda y voy en silencio, como un fantasma ... hay un Charlie, una Dummorea, un Serphin. Y están sus caras, de narices anchas, cabellos tupidos, ojos misteriosos, bocas apretadas, sus corazones están tristes. Cómo bailan para alegrarse, cómo bailan y flotan sus cuerpos ahora, convertidos en haces de luz. Bailo yo en el pasado, en otro universo al que visito con esta magia que la mano de *Maa* le pone al pan de azúcar, una magia que condensa el tiempo para poder tocarlo ... Me escudriña, también me busca, me mira, me toca con sus miles de ojos la gente de esas caras en las que encuentro mi quijada y mis caderas que se mecen, la sangre que se me revuelve,

una Judy, una Heny y un torrente de recuerdos ajenos, un puerto en la costa caliente de aquel lado del mar, un mar terrible que trae muerte y esperanza y dolores de parto (Bendek 143)

Todo ello evoca la novela en la reescritura de un paisaje que libera voces de recuerdos ajenos y memorias silenciadas. Esto es a lo que apunta la novela, a la narración de un paisaje emocional para la reconstrucción de la memoria y la búsqueda de genealogías, permitiendo así que se liberen memorias a partir de una catarsis a través de la ficción y la poesía.

2. 1. 5. Lo raizal, encuentro con la ancestralidad isleña: una primera forma de descolonización

“Tal vez para trascender en la lucha raizal hay que aceptar al mundo, fluir en el mundo, entender su ritmo” (Bendek 237)

Lo raizal no aparece en *Los cristales de la sal* como postura política (la obra de Juan Ramírez Dawkins), tampoco aparece con relación al mar como paisaje nostálgico de orígenes o paraíso en ruinas (los cuentos de Lenito Robinson-Bent), o con relación a un antaño de goletas y paisajes de plantación (las novelas de Hazel Robinson Abrahams) Lo raizal en *Los cristales de la sal* aparece como una etapa “[s]í, es una etapa de descolonización” (Bendek 235), la primera etapa para Victoria. El encuentro con lo raizal es, de hecho, el primer acercamiento que la protagonista tiene con la isla desde la ancestralidad y su genealogía familiar a través de la conexión a sus abuelas. El personaje Josephine es uno con el que Victoria se encuentra durante su primer visita a la *First Baptiste Church*. El encuentro de la protagonista con Josephine es un encuentro con lo raizal, con sus abuelos, con una memoria

que se activa a su encuentro, "... se me empiezan a dibujar ramas y raíces, ramas y raíces ..."

(70) Josephine le da hogar y emocionalidad a la memoria raizal de Victoria: "... vuelve a estrujar la falda con sus manos grandes, yo la miro bien y trato de buscarme en ella, en todo el contenido de su cuerpo, entre su memoria, que me acaba de dar un lugar que ninguna ciudad hubiera podido hacerlo" (73) Hay que recordar que después de haber estado trece años por fuera de la isla, la protagonista regresa de una ciudad metrópoli, así que el encuentro con Josephine empieza a despertar en Victoria preguntas sobre su afrodescendencia, alimentando su afán por desenterrar las historias silenciadas, llevándola a hacer catarsis a partir de la reconstrucción emocional del relato de las memorias. Allí radica la especialidad de la novela, que no habla de la raizalidad desde el dolor, sino como memoria ancestral que trae consuelo, hogar, que abraza y da sentido de lugar. Así la novela construye el relato sobre la raizalidad desde la literatura, como contracara a la memoria que, dolorida, se politiza y suele caer en el discurso de la nostalgia, el rencor y la pérdida.

Los cristales de la sal, toma la raizalidad como parte que conforma la nación creole mas no el centro de ella. De esta manera, la novela permite a sus posteriores revisiones críticas trascender el tema de la identidad isleña como centro de análisis, tema que la misma crítica se ha encargado de perpetuar, situando al archipiélago dentro del bucle que representa la pregunta sobre la situación identitaria de la comunidad. La invitación de la novela es, por el contrario, llegar a una resolución del pasado que permita suscribir al archipiélago al proyecto de un mundo en proceso: "¿[d]e qué sirven los recuerdos que no se actualizan? ¿Sirve aferrarse a lo que ya no puede volver? Y nada puede volver, entonces, recordar se convierte en una maldición ..." (214-215)

La reescritura narrativa aparece aquí en el volver hacia el pasado del archipiélago para reconocerlo y superarlo, con el fin de plasmar desde la narrativa del archipiélago el mundo del hoy, para asumir la identidad como cambiante, tal como lo hacen y se mueven las identidades caribeñas, que no se encuentran pasivas en el pasado sino que están en el futuro –y en el presente– esperando ser construidas (Hall 417) En ese sentido la novela plantea la identidad sanandresana como una en proceso de hacerse. En sí mismo este planteamiento es una contrarespuesta a la manera como se ha solido ver la identidad isleña desde la misma literatura del archipiélago: como la pérdida o la nostalgia. En contraposición la novela plantea una necesidad de salirse del problema de la identidad para imaginar otros mundos: caribeños, mutables, de procesos y dinámicos.

La identidad sanandresana es una identidad en construcción, como todas, es un error pensar que es algo determinado, pensar así es negarnos lo complejos, lo humanos, que somos ... El mismo creole irá cambiando con los años, no puede quedarse quieto, seguirá siendo caribeño, mutable, abierto. Ahí está nuestra riqueza (Bendek 236)

Es en el tratamiento que la novela hace a la identidad donde aparece su crítica frente al cómo esta se ha imaginado y narrado desde la comunidad y la literatura. Por ello *Los cristales de la sal* vuelve a lo raizal desde la ancestralidad, haciendo memoria emocional de la raizalidad mas no politizandola desde el rencor, pues “[e]l resentimiento no es el mejor discurso, aunque las razones sobren” (221) Así, la novela plantea una construcción activa del paisaje. Hay que recordar que la noción de paisaje remite en el Caribe a la construcción de la nación y reapropiación del territorio desde las letras en la promoción de gestas políticas. En la novela, la construcción activa del paisaje puede leerse como la promoción de la nación ceole, de cimentar naciones en la interculturalidad.

Soy una división pero también una diferencia integrada, quiero ser la comunión de todo. En mi sangre raizal algo vibra con este ritmo, y también en la sangre árabe y en la sangre continental. Lo reconozco. Yo soy migraciones enteras, historias de guerras y de anhelos que nunca conoceré a detalle, eso lo somos todos cuando nos quitamos las máscaras, cuando dejamos de buscar seguridad en lo que es falsamente estático. Todo se ha movido ... siempre, los abuelos míos, los de todos, los hijos, los bisnietos, las fronteras, el poder. Somos de la Tierra, y eso es lo que debemos honrar, esta lluvia que ha estado en todas partes a lo largo de millones de años, el aire que respiramos, el mar que es el vientre de absolutamente todo. Es cierto. Nunca sabré toda la verdad de mis ancestros, la mente no es la encargada de unir los puntos, ese es un impulso del corazón. (Bendek 240)

Esta forma de entender lo raizal y desarrollarlo en la novela es una manera de construir lugar desde el imaginario tanto de los lectores como del colectivo. Es una manera de escribir el paisaje y narrarlo, abordando la raizalidad de tal manera que se puedan liberar voces y llenar vacíos de memoria histórica como refugios para una memoria dolorida.

2. 2. La insularidad caribeña en *Los cristales de la sal* localizada desde la lectura del espacio y el paisaje

La narración de la novela parte de la raizalidad para darle origen a la *isleñidad*, pero luego pasa a narrar la isla del hoy en toda su interculturalidad, es decir, en el territorio no como raizal sino como nación creole. El llamado de la novela es entonces a pensar en una suerte de isleño creolizado (que antes de cualquier etiqueta identitaria, es primero habitante de las islas) que reconozca al archipiélago en su territorialidad ancestral. Allí es donde lo

ancestral aparece como político en la novela, en el llamado a vivir en autonomía, y allí es también donde se encuentra la relación de la novela con la literatura caribeña o con el pensamiento caribeño, en el rehacer del paisaje con el afán de apropiárselo en el pensamiento de la creolidad.

La novela está escrita en un pasado continuo mas no petrificado en el tiempo, pues es un pasado que se puede revisar, comentar, reescribir y repensar, mas no dejarlo petrificado o abanderado bajo unas insignias incuestionables sobre quiénes tienen más o menos derechos de vivir o habitar en las islas, sobre a quiénes recargar unas culpas, en dónde encontrar unos orígenes históricos o sobre cómo sucedieron los eventos de modo que sirvan a uno u otro discurso para la soberanía del territorio. El discurso en relación al paisaje, en el Caribe, es siempre constructivo y de continuidades. Sobre aquellos escritores duduístas que contribuyeron a preservar la Creolidad:

... De ellos aprendimos que la cultura es una sustentación y una evaluación cotidiana; que los ancestros nacen todos los días y que no están detenidos en un pasado inmemorial; que la tradición se hace cada día y que la cultura también es el lazo vivo que tenemos que anudar entre el pasado y el presente; que tomar el relevo de la tradición oral no debe enfocarse a la manera de los enamorados del pasado como estancamiento nostálgico, como vuelta atrás ... Que hay que volver a él, sí, para enriquecer con él nuestra enunciación, integrarlo para sobrepasarlo (Bernabé, Chamoiseau & Confiant, 32)

Son varias las relaciones que la novela establece con la insularidad caribeña desde la lectura del espacio y el paisaje, recordando que espacio refiere a una construcción social y paisaje a la apropiación del territorio por medio de las letras. Así entonces, la relación entre espacio y paisaje que se establece tanto en la novela como en el pensamiento caribeño está

ligada a la noción de territorio; de territorios y naciones que han construido lugar a través de su quehacer literario desde una apropiación de la creolidad como situación identitaria. “Por ser construida como mosaico, la Creolidad es una especificidad abierta ... Expresarla es expresar no una síntesis [sino] una totalidad caleidoscópica” (24)

En ese sentido, narrar el paisaje histórico, permite que el presente sea revisado, pues el pasado es lo único que se conoce y lo que ha conducido al ahora. Por eso el pasado se narra y rememora, pues reconociéndolo los discursos del presente maduran, pero ¿cómo *Los cristales de la sal* ha hecho memoria del paisaje? Aquí entonces, a partir de la necesidad de narrar e imaginar el propio territorio para la construcción de una nación unificada, la novela aborda el paisaje en términos holísticos: a través del reconocimiento de las lenguas (inglés, creole, español) en las que ha sido narrado y oralizado el territorio, y las identidades móviles a través de la genealogía de la creolización. Es por esto que la novela se inscribe a la problemática archipélica caribeña a partir del intento por reunir las piezas en torno a la pregunta por la identidad desde las especificidades del Caribe suroccidental en el archipiélago de San Andrés, reconociendo la constante construcción del Caribe y la isla como una grieta que constantemente se abre (Bendek 245). La propuesta de la nación creole precisamente es la utopía que plantea *Los cristales de la sal*, es la forma como la novela construye e imagina desde la literatura un espacio social, por eso la novela invita a la autonomía, a la apropiación del mundo, a una nación creole de generaciones que vayan más allá de las “ficciones limitantes”.

Conclusiones

La relaciones culturales y mestizajes que se tejen en las geografías caribeñas ponen de manifiesto la relevancia que tienen las geo-lecturas en la interpretación de la Historia, pues ya no se trata de entender cómo suceden sus eventos sino cómo la construcción de los espacios sociales intervienen en ella, es decir, cómo las voluntades ajenas a la Historia oficial son las que ahora intervienen en la escritura del espacio; espacio que constantemente se está creando por sujetos participantes en la construcción de sus espacialidades (Soja 1), contrario al discurso historicista que por su petrificación en el tiempo homogeniza.

La literatura del archipiélago de San Andrés y Providencia construye espacio y paisaje, pues desde ella se gestan movimientos y luchas. Es por esto que la literatura toma tintes políticos en territorios como este, en donde el quehacer literario está ligado al relato de habitar y vivir en las islas. En la medida que la literatura dota de significado el territorio, la producción literaria y cultural del archipiélago construye espacio y paisaje.

La literatura isleña no puede ser entonces estática (como la literatura en general tampoco lo es), pues sirve al archipiélago como herramienta para las reescrituras narrativas e imaginativas que cada tiempo exige del territorio. Es allí donde radica parte de la riqueza y especificidad de la literatura isleña: en el documentar las historias, el paisaje, la cultura y la comunidad que forma parte del archipiélago.

Los cristales de la sal aparece dentro del panorama de la literatura isleña como novela-bitácora o novela-crónica que recoge y registra el espacio social y cultural isleño del pasado y del presente. La novela reescribe narrativa e imaginativamente las islas cuando a la par que señala la distopía (los propios lamentos del territorio), propone el anhelo por imaginar

colectivamente un archipiélago de proceso. Es decir, la novela replantea el duelo colectivo por el territorio perdido, para permitir al lector imaginar un mundo de intermedio en donde aún hay trabajo por hacer y no todo está perdido.

La literatura en general siempre podrá proponer reescrituras de temas o imaginarios, en tanto ella participa del tiempo siempre cambiante y en movimiento. Por tanto cuando se dice que *Los cristales de la sal* reescribe la narrativa isleña es precisamente porque narra desde un presente que la novela reconoce como caribeño y a la vez global, mas no sólo sanandresano o de territorio ultramar. Esto lo logra a través de la propuesta de narrar un archipiélago en proceso de hacerse, el cual participa de una globalidad que constantemente se mueve a nivel político, económico, social y cultural. De allí que la novela proponga la reconfiguración del ser sanandresano y el ser isleño, ya no como uno estático, de herencias y apellidos, sino en el reconocimiento del archipiélago como nación creole.

En las poéticas caribeñas, la geografía juega un papel vital, pues como se ha venido enunciando en la investigación, el paisaje es activo: el mar, la playa y la montaña no son objetos de contemplación, sino que la vida misma, la cultura y las historias acontecen allí; contrario a las narrativas turísticas que observan el paisaje caribeño como pasivo o para el disfrute. En el caso de *Los cristales de la sal*, la novela continúa la “tradición” literaria de sus antecesores al narrar el paisaje como espacio donde acontece la realidad social y física.

Sin embargo, la novela tiene unos elementos que la hacen diferencial. Esto es: la proposición de un “modelo” de literatura de *mundos en proceso*, es decir, una narrativa que promueve la renovación de imaginarios y paradigmas para una avanzada hacia los cambios políticos y sociales del colectivo. En el caso de la novela y el archipiélago, hacia la autonomía cultural de una comunidad que primero debe reconocerse creolizada. Es por esto que la

novela confirma que la literatura (tal como lo muestran las poéticas caribeñas poscoloniales a partir de las gestas políticas que se crean por medio de las letras) hace parte de la configuración del espacio social y el paisaje cultural, en tanto ella puede permear política y culturalmente un territorio desde la posición de un activismo literario.

Los cristales de la sal ha generado una apertura y cercanía a nivel nacional e internacional hacia la literatura isleña y el archipiélago, debido a la amplia difusión y la buena acogida que la novela ha tenido en el sector cultural del país. Esta investigación hace la invitación a seguir explorando y conociendo la literatura de las islas en su multiplicidad (narrativa, poesía, teatro, etc.) Por tanto, la invitación es a difundir, a través de la crítica cultural y la investigación académica, la literatura isleña desde cualquier flanco o tema. La urgencia actual está en replantear las narrativas del turismo explotativo y reconocer el archipiélago como territorio con autonomía, aunque no estatalmente, sí de sus propias historias, su propia lengua y mezclas, su mestizaje y sus especificidades culturales y sociales como territorio.

Referencias bibliográficas

- Andermann, Jens. "Paisaje, imagen, entorno, ensamble". *Orbis Tertius*. No. 14, 2008
- Bendek, Cristina. *Los cristales de la sal*. Laguna libros, 2019
- Benitez Rojo, Antonio. *La isla que se repite*. Editorial Casiopea, 1998
- Bernabé, J., Chamoiseau, P. & Confiant, R. *Elogio de la creolidad*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2012.
- Boyer, Amalia. "Archipelia. Lugar de la relación entre (geo)estética y poética". *Nómadas* (Col), vol. no. 31, 2009. Pp. 13-25. Web
- Builes, Ana Elena, y Melissa Pérez Peña. "Reconfiguración de los imaginarios poéticos del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina". *Visitas al patio*. no. 14, 2019. Pp. 92-110. Web
- Builes, Ana Elena y Danny Jean Paul Mejía, eds. *San Andrés y Providencia: nostalgias, migraciones y literaturas*. Univeridad Pontificia Bolivariana, 2021.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. "Recovecos de la literatura de San Andrés". *El Malpensante*. No. 214. Dic. 2019. Web
- . "Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia". *Cambios sociales y culturales en el Caribe colombiano: perspectivas críticas de las resistencias*. Universidad Nacional de Colombia (Sede Caribe), 2016. Pp. 179-202
- . *Literatura del archipiélago de San Andrés Providencia y Santa Catalina*. Banco de la República, 2015. Web
- DeLoughrey, Elizabeth. "Island Writing, Creole Cultures." Ato Quayson (ed.) *The Cambridge History of Postcolonial Literature*. Cambridge University Press, 2011.

---. *Routes and Roots: Navigating Caribbean and Pacific Island Literatures*. University of Hawai'i Press, 2007.

Duchesne Winter, Juan. *Caribe, Caribana: cosmografías literarias*. Ediciones Callejón, 2015.

Glissant, Édouard. *El discurso antillano*. Fondo Editorial Casa de las Américas, 2010

---. "Poética e inconsciente". *Poéticas, archivos y apuestas: estudios del Caribe*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2018.

---. *Tratado del todo-mundo*. El Cobre Ediciones, 2006.

Hall, Stuart. "Negociando identidades caribeñas". *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Universidad del Cauca, 2014.

Lefebvre, Henri. *La producción del espacio* (1974). Trad. Emilio Martínez Gutiérrez. Capitán Swing, 2013.

Mitchell, W.J.T. *Landscape and power*. The University of Chicago Press, 1994.

Sheller, Mimi. "Iconic islands. Nature, landscape, and the tropical tourist gaze" *Consuming the Caribbean: from Arawaks to Zombies*. Routledge, 2003, pp. 36-70.

Soja, Edward. *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Blackwell Publishers, 1996.

Valdés, Félix (coord.) *Antología del pensamiento crítico caribeño contemporáneo*. CLACSO, 2017.